

esperaba de él! Sus principales obras son la enunciada y *El Privado del Virrey*.

Casi al mismo tiempo que el teatro Nuevo México, y de construcción tan mala como la de éste, se levantó el teatro de La Unión en la calle del Puente Quebrado.

En 1842, con asistencia del Dictador Santa Ana, y gracias a los esfuerzos de Arbeau, se colocó la primera piedra del teatro que hasta hace poco se conoció con el nombre de Nacional y dirigió el arquitecto don Lorenzo de la Hidalga. Se abrió al público con el nombre de Teatro Santa Ana, y estuvo ubicado en la calle de Vergara, hoy Bolívar.

¡Hermosa época en que las artistas Cañete y Peluffo, se disputaban la gloria de estrenar las obras de nuestros autores! ¿en que un actor, Antonio Castro recibía homenajes no concedidos ni antes ni después de él a actor alguno!

Se inauguró el Teatro Santa-Ana el 10 de febrero de 1844 con un gran concierto, y al iniciarse en él la primera temporada teatral, en justo tributo al genio de Alarcón, se representó su obra *Las paredes oyen*.

Una saludable revolución arrojó a Santa Ana del poder, y el gran coliseo recibió el nombre de "Teatro Nacional," nombre adherido poco en firme ¡tal experiencia tenían los políti-

cos! ¡quién sabe lo que pudiera ocurrir! Ya veremos que con efecto, entre Teatro Nacional, Teatro Santa Ana, Teatro Imperial, etc., fue su nombre el indicio de una época histórica.

En 1846, la hermosa Isabel Luna se hizo aplaudir en *Los amantes de Teruel* y engrosó las filas de los nombres consagrados por la escena.

Pasemos por alto que en 1847 asaltaron nuestros escenarios compañías *yankis*, traídas por los invasores; ¿a qué hablar de la representación de *The lady of lions, On love and pro-ude?* ¡qué horror! Pasemos también por alto que en esa triste época el gran coliseo recobró su nombre de Santa Ana.

En diciembre de 1850, se estrenó el drama de PANTALEON TOVAR, *La catedral de México*, juzgado unánimemente como el mejor de los dramas nacionales hasta entonces escritos, por más que fueran muy superiores los de Rodríguez Galván y Calderón.

En marzo del mismo año debutó la Cosca, soprano de renombre europeo.

El 26 de junio se cantó un himno, con la intención de que fuera nacional. No prosperó.

Ese mismo año empezó a levantarse el teatro de Arsinas, denominado más tarde "Alarcón."

MIGUEL LOZADA estrenó *El cordón de seda* para el que la crítica tuvo frases benévolas.

Una compañía dramática dirigida por Manuel Argente, y en la que figuraba la actriz Ventura Mur, estrenó la obra mexicana de SEVERO MARIA SARIÑANA, *Entrada triunfal de don Agustín de Iturbide en México*, *La hija del Senador o los odios políticos* de IGNACIO AMIEVA, y estos son los acontecimientos más dignos de anotarse en el año.

Mariano Arista, Manuel

María Lombardini, Anto-

nio López de Santa-Ana.

Presidido por José María Lacunza, se fundó el Liceo Artístico Literario a mediados de 1851.

Los misterios de México, de NICETO ZAMACOIS, estrenados en los teatros Pabellón Mexicano y el de Puesto Nuevo, que rivalizaba con éste en abrir sus brazos a la producción nacional, son la nota del año que debía terminar con la erección del Teatro Iturbide, cuya primera piedra fue colocada en diciembre, presidiendo el acto don Mariano Arista. Dirigió la obra Francisco Arbeau.

El mismo mes se colocó en el Nacional, un busto de don MANUEL EDUARDO GOROZTIZA: *Don Dieguito*, *Indulgencia para todos* y tantas obras igualmente notables, dan testimonio



Enriqueta Sontag

de la justicia del acto. Murió Goroztiza en Tacubaya, en 1852.

Los teatros Nacional, Principal, Nuevo México, Pabellón Mexicano y Puesto Nuevo, dieron albergue a compañías trashumantes de bien escaso valer, hasta mayo, en que debutaron la celebre Balbina Esteffenone y el tenor Salvi.

En julio, cumpleaños de Arista, se cantó un nuevo Himno Nacional, sin mejor suerte que el anterior.

Por dimisión de Arista, entró al poder Lombardini, y tras él, el fatídico Santa-Ana.

Ese mismo año, don José Cejudo estableció el Conservatorio, encargándose de su dirección; pero desgraciadamente murió a poco, y el Conservatorio vino a menos.

En noviembre, se estrenó en Puesto Nuevo una obra de Calderón, en su honor y beneficio; y en diciembre Pantaleón Tovar llevó a la escena su drama *Una deshonra sublime o junto al caballo de Troya*. ¡Qué títulos! Con razón fracasó.

En honor de Su Alteza Serenísima, se estrenó en el Teatro Santa-Ana *El retorno del soldado* y fue un lisonjero triunfo para su autor Miguel Lozada.

Por esos días llegó a nuestra patria la hermosa y aplaudida cantante, Enriqueta Sontagg, Condesa de Rossi, impiamente arrebatada por el cólera que asolaba el país. Todo Mé-

xico la lloró por su hermosura y por su inspiración.

El concurso abierto por Su Alteza Serenísima para premiar letra y música de un himno nacional, colocó los nombres de González Bocanegra y Jaime Nunó en la historia del arte patrio. Se ejecutó por primera vez nuestro canto nacional el 16 de septiembre de ese año, en el Teatro Santa-Ana.

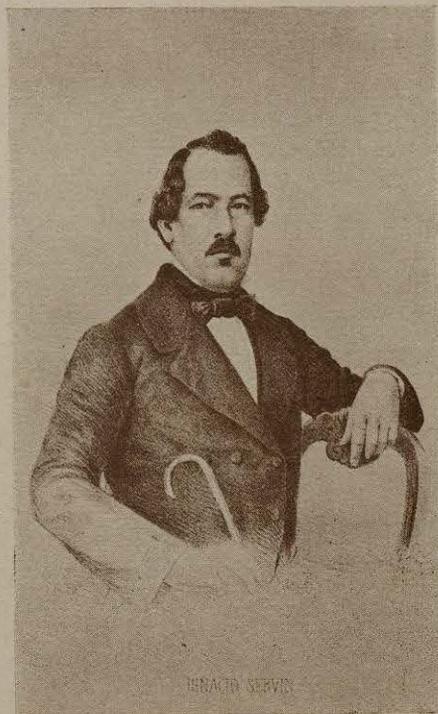
Entre nuestras compañías dramáticas, Antonio Castro, Ignacio Servín y Julia Iglesias hacían representar, alternándolas con las obras más en boga del teatro extranjero, una que otra producción de nuestros autores menores, entre las que debe haber descollado, de seguro por su ausencia de todo arte, *Felicidad de Juan Diego o las cuatro apariciones*.

Ignacio Servín nació en Puebla el 25 de junio de 1817; fue hijo de los señores J. Ignacio Servín y doña Isabel Martínez.

Debutó en el Teatro de los Gallos de Puebla en 1832; en 1835, le contrató Eusebio Reyes para Jalapa, en calidad de galán joven. Un año después trabajó al lado de la memorable actriz Josefa Duvreville.

En 1838 debutó en México, en el Teatro de los Gallos, bajo la dirección de Patiño.

En 1841, trabajó en el Nuevo México, pasando luego a formar parte de



Ignacio Servín

las compañías que actuaban en el Principal y Nacional, en donde confirmó el renombre que de primer actor mexicano le dieran los públicos y su fraternal amigo el inimitable Antonio Castro.

En 14 de enero de 1855 llegó a Veracruz el célebre y laureado poeta español don José Zorrilla, que contaba entonces 38 años de edad, y a quien se rindió homenaje; al cual se agasajó como a extranjero alguno se había hasta entonces agasajado; se comprende que en su entusiasmo escribiera aquello de:

“Dios me dió un corazón franco y sincero...”

y lo otro:

“De las flores bellas americanas,
dicen que sois las rosas las mexicanas . . .”

para escribir luego en 1867, al dejar nuestras playas y refiriéndose a nuestra patria:

“¡Ojalá que seas yanke y yo lo vea!”

Este mismo año, fecundo en sorpresas, por lo visto, Antonio López de Santa-Ana *honró* al gran Humboldt con la Gran Cruz de la Orden de Guadalupe, que el sabio aceptó, constando en carta dirigida al Gran Maestro y caballero de la misma, que: “Allá cuando sesenta años atrás, él había

estado en México, etc. . . .” De seguro el ilustre alemán tenía por aquel entonces más de noventa años, y así se explican aceptación y agradecimiento; los sabios tienen sus infantilidades.

En mayo enloqueció a México, la perla del teatro español, la inimitable Matilde Diez de Romea, comparable con la Rachel y a la que superaba en muchas obras. Compartió sus aplausos, Manuel Catalina, primer actor y director de su compañía.

Juan Alvarez, Ignacio

Gomonfort, Félix María

Zuloaga, Miguel Miramón y Benito Juárez.

De 1855 hasta 1863. -

Deberes y sacrificios, estrenada por la inmensa Matilde Diez, fue un gran suceso para la producción nacional; ese triunfo unió al nombre de ella el de TOMAS CUELLAR.

En noviembre se presentó Felicitá Vestvali, dando hermoso fin al año artístico de 1855 con una de las más sonadas temporadas de ópera italiana.

En febrero de 1856 se abrió por fin al público el Teatro Iturbide, actual Cámara de Diputados; lo inauguró una compañía dramática, en la que figuraban la Cañete, Francesconi, Josefa



La excelsa diva Angela Peralta

García, Antonio Castro, Angel Padilla y otros, con la obra de Tovar, *¿Y para qué?*

Una nueva temporada de Matilde Diez; el estreno en Iturbide de *La gloria del dolor*, de Tovar; *Azares de una venganza*, de Cuéllar; el apareamiento en escena del célebre actor mexicano Merced Morales, son los acontecimientos más notables, hasta junio de este año.

La ópera ocupaba el gran teatro en donde se hacían aplaudir Isabel Cortessi y el barítono Volpini.

Hasta 1858 no se estrenaron en los teatros sino esperpentos de autores nacionales, de los que nos dará buena idea el título de este: *La ranchera de San Miguel el Grande o la feria de San Juan de los Lagos*; en cambio, el 29 de septiembre de 1859, CENOBIO PANIAGUA llevó al Teatro Nacional su *Catalina de Guisa* con motivo del cumpleaños de Miramón. Su ópera le dió un legítimo triunfo.

Este mismo año, el vetusto teatro que se había llamado sucesivamente La Esmeralda, La Fama, sito en la calle de Corchero, adoptó el nombre de Hidalgo que en la actualidad conserva.

En junio de ese año, la más grande, la más alta de nuestras glorias nacionales, Angela Peralta, se reveló a sus compatriotas en la Leonor de *El Trovador* de Verdi. La crónica más autorizada del día dice: "Voz de timbre